

Lo que sea de cada quien

Jaime Salinas y la censura

Vicente Leñero

Hijo del gran poeta español Pedro Salinas, pocos editores de libros han sido tan acuciosos como Jaime Salinas. Secretario general de la editorial Seix Barral, fue el brazo derecho del puntiagudo Carlos Barral cuando la firma catalana se abrió a las nuevas corrientes de la literatura universal. Luego estuvo al frente de Alianza Editorial, trabajó en la italiana Einaudi, dirigió Alfaguara lo mismo que la editorial Aguilar, y terminó siendo Director General de Bibliotecas en España.

Como todos los editores que bregaban a contrapelo en la España franquista, Salinas se enfrentó con la irracional censura que lo mismo prohibía libros como *El tambor de hojalata* de Günter Grass, que tasajeaba novelas para suprimir “pasajes ofensivos a la moral o a los principios políticos” del régimen despótico.

Yo mismo sufrí, desde México, los tachoneos de la censura franquista.

En 1964, cuando estaba a punto de editarse *Los albañiles*, Jaime Salinas me envió las frases que los inquisidores habían decidido suprimir de mi novela, con la advertencia de que tales verdugos eran tercios y estúpidos: “si por casualidad tuvieran un grano de inteligencia, ya habrían encontrado otros medios de ganarse la vida”.

Total, la censura iba así, según el informe de Salinas:

Capítulo 8. Hacia el final, en el párrafo que empieza “A Isidro le dijo que la Celerina se fue bien instruida...” han suprimido las siguientes frases: *disfrutada al final después de tanto tiempo de querer encontrar en las piernas de otras indias cochinas...* En ese mismo párrafo: *...abiertos para chupar la boca de Pedro Infante.*

Capítulo 9. Hacia el final, en el párrafo que empieza: “A medios chiles nomás, cuñadito”, han suprimido las siguientes frases: *Té juro que te dejo a la más calientona y una que te traiga loco toda la noche.* En el



Jaime Salinas

diálogo que empieza: “¿Cuántos años dicen que tiene?”, la frase: *todavía le funciona al cabrón.*

Joven y petulante como yo era entonces, me encolericé contra la censura dispuesto a defender mi libertad de expresión. Ciertamente podía hacerlo y proponer cambios escritos por mí mismo —me dijo Salinas— pero la negociación se llevaría semanas, meses. Sin garantía alguna.

“Acepte la censura —me pidió por carta el editor—. Acéptela, se lo ruego” —insistió. De otra manera se frenaría la edición de *Los albañiles* innecesariamente.

Doblé las manos, por supuesto, y una vez atemperada mi rabia descubrí que los tachoneos franquistas no eran tan graves como para poner el grito en el cielo. Ni a quien le importe.

No sólo avatares como éste testimonió Jaime Salinas en su larga carrera de editor, sino algunos más serios relacionados con Carlos Barral. Como aquel incidente que circuló durante muchos años en los corrillos literarios —yo mismo me enteré del

chisme— pero que nadie se atrevió a certificar públicamente.

Hasta que lo hizo Jaime Salinas —ya muy tarde, en 2006— durante una entrevista concedida a Juan Cruz para *El País*.

Sucedió que Carlos Barral, el connotado poeta, el ínclito editor; ese editor que se había atrevido a difundir en castellano el *nouveau roman*; ese Carlos Barral que se apasionó por reconocer y expandir la literatura latinoamericana, se atrevió un día de mal humor, una noche tan lúgubre, tan lúgubre, a rechazar de manera irrevocable —tal vez sin haberla leído, atemperó Jaime Salinas la acusación— la novela más importante escrita en español durante el siglo veinte. No me interesa —dijo—. Y el carpetazo final.

Es un hecho. Carlos Barral en persona —según Jaime Salinas— rechazó *Cien años de soledad*.

Fue entonces cuando Gabriel García Márquez, apuñaleado por su pretenso editor, envió *Cien años* a Buenos Aires, a la editorial Sudamericana, y la novela alcanzó de un jalón la celebridad que todos conocemos y que preludió el otorgamiento del Premio Nobel.

Ni García Márquez, ni Mario Vargas Llosa, ni Carmen Balcells, ni los amigos íntimos que de seguro conocieron la metida de pata denunciaron jamás al editor. Carlos Barral, anonadado, se apresuró a premiar con el Biblioteca Breve a los del *boom*. A Carlos Fuentes, en 1967, por *Cambio de piel*. A José Donoso, en 1970, por *El obsceno pájaro de la noche*.

Luego entró Barral en el fatal declive de la noche lúgubre. Renunció a Seix Barral y fundó su propia empresa desaparecida ya: Barral Editores.

Imposible saber si su compulsión etílica que lo entrampó después tuvo su dínamo en aquel error garrafal denunciado, muy tarde, por Jaime Salinas. ■